

¡Salud, Tercera Internacional Socialista!

Clara Zetkin

Mayo de 1919

(Versión al castellano desde “[Hail to the Third Socialist International!](#)”, en [Clara Zetkin Archive MIA](#), que da como fuente *The Communist International*, Vol. I, No. 3, 1919, pero no informa sobre la fecha de publicación de dicho número; la serialización que ofrece la página <http://www.marxisthistory.org/subject/usa/eam/ci-pubs-oldseries.html> (consultada 12/02/2021) se ofrece por números y no por volúmenes y número; se trata del número 3, que está fechado el 1 de julio de 1919 y en el que consta el artículo en el índice, que señala las páginas 285-290.)

La celebración del último [Primero] de Mayo¹ fue el único intento serio de la Segunda Internacional Socialista de pasar de las palabras a los hechos y soldar a los proletarios de todos los países en una acción común unificada de amplio alcance e impresionante fuerza. Este intento no estaba destinado a cosechar un éxito completo, y el destino de la celebración del [Primero de] Mayo fue un significativo indicador del ignominioso fracaso de la Segunda Internacional al estallar la guerra mundial. Sin embargo, la celebración de mayo ha vertido fuertes corrientes de vida ardiente y encendida entre las masas de los explotados y oprimidos, corrientes de vida nueva que han transformado a innumerables desesperanzados sufridores en ardientes luchadores.

Porque sobre la celebración de mayo opera la poderosa idea de la solidaridad internacional que une a los tenaces trabajadores esclavos de todo el mundo. Y esta idea no es un sueño imaginario. Es una realidad viva, la expresión de las idénticas condiciones de existencia que el dominio del capital crea en todo el mundo para la abrumadora mayoría de los trabajadores esclavizados y explotados; es un conocimiento común extraído de una necesidad común que debe conducir a una voluntad común, a una acción común. Así, la idea de la fraternidad internacional del proletariado mundial es parte esencial de la gran idea de liberación, esa luz en el camino de los esclavizados en su lucha contra el capital. Como la idea misma de la liberación, es a la vez la fuerza motriz y el objetivo que ha de realizarse en la práctica y, por lo tanto, comparte también su destino: vencer en medio de luchas, en medio de búsquedas e intentos, en medio de desaciertos y defectos; lentamente, demasiado lentamente, para la ardiente impaciencia de nuestros corazones que anhelan una internacional que una a la humanidad liberada.

¡Han pasado más de setenta años desde que el [manifiesto comunista](#) nos llamó a convertir la idea de la solidaridad internacional de todos los explotados en un poderoso acto de liberación!

¡Obreros del mundo, uníos! Esta idea prendió en los corazones e incitó voluntades y, sin embargo, pasaron casi dos décadas antes de que encontrara una expresión tangible en la formación de la [Asociación Internacional de Trabajadores](#) en Londres en 1864. Pocos años más de acción concedió la Primera Internacional, débiles fueron sus recursos materiales. Poco después de la caída de la heroica [Comuna de París](#) la organización se

¹ La celebración del Primero de Mayo como día de lucha internacional por la jornada laboral de 8 horas quedó fijada en el Congreso Obrero Socialista de París de 1889 celebrado en la Sala Prételle (los días 14 al 20 de julio) en su sesión verpertina del día 20. En este congreso se barajaron varias fechas para esa jornada internacional de lucha (18 de marzo y 14 de julio entre otras) y al final se aprobó la del 1 de mayo porque la American Federation of Labor ya había fijado esa fecha para Norteamérica para el año 1890. Ver “[Resolución del Primer Congreso sobre manifestación Primero de Mayo y jornada 8 horas](#)”, en [Segunda Internacional – Edicions Internacionals Sedov](#). Clara Zetkin participó en el congreso formando parte de la delegación alemana.

derrumbó. Sin embargo, en el breve lapso de su existencia logró hechos inmortales, imperecederos. Hizo de la idea de la solidaridad internacional la propiedad común de todas las asociaciones obreras deseosas de conducir al proletariado desde la miseria y la oscuridad hacia la libertad. Las formas de la Primera Internacional se habían vuelto demasiado estrechas para la vida naciente y en crecimiento que era el alma de la organización y que había provocado en todos los países. La forma pasó, la vida, el espíritu, permaneció y siguió actuando en todo el mundo.

Y tuvieron que pasar de nuevo casi dos décadas antes de que esta vida, esta idea de la solidaridad internacional del proletariado mundial, pudiera encarnarse en una unión de obreros combatientes. En 1889 se proclamó la Segunda Internacional en el Congreso Internacional Socialista y Obrero de París. Ya no reunía sólo a pequeñas y débiles organizaciones obreras en la primera etapa de su desarrollo, sino que era la orgullosa liga de los partidos socialistas y de las organizaciones sindicales, jóvenes y vigorosamente pujantes. Parecía tejer una vida llena de inagotable e indomable fuerza interna y externa, para dar a esa vida una dirección común, un objetivo común, fiel a los principios del socialismo internacional. Un congreso internacional tras otro lo confirmaba con discusiones importantes, esclarecedoras y unificadoras, con resoluciones sabiamente redactadas y conmovedoras, con manifestaciones brillantes y abrumadoras. Parecía que el tremendo poder material y moral acumulado en la Segunda Internacional estaba destinado a convertirse en una poderosa acción contra el capitalismo.

Pero la Segunda Internacional se limitó a ser un mero taller para la elaboración de bellas resoluciones. Nunca la voluntad común, la fuerza total de los proletarios unidos se cerró en un puño poderoso para llevar a cabo estas resoluciones. A pesar de su brillo, la Segunda Internacional ni siquiera llevó a cabo la más urgente de las reformas económicas, que debería haber sido la piedra angular de la protección del trabajo: la jornada legal de ocho horas. Y aunque su actividad estaba determinada por su creencia en la alta misión del parlamentarismo, de la democracia burguesa, en ningún país logró siquiera el establecimiento de una verdadera y plena democracia política. Y cuando su poder y su valor fueron puestos a prueba, fracasó ignominiosamente. Cuando estalló la guerra mundial, no se atrevió a oponer a la internacional dorada de los imperialistas, furiosamente prepotentes, la internacional roja del proletariado ansioso de libertad y decidido a luchar por ella.

La Segunda Internacional ni siquiera pudo decir, con Francisco I: “Todo está perdido, excepto el honor”. Perdió ante todo su honor, pues fue derrotada sin mostrar lucha. Cargada de vergüenza, pereció en los campos de batalla donde los proletarios alemanes y los proletarios franceses se asesinaron mutuamente con la bendición de la socialdemocracia alemana y del unificado partido socialista de Francia [SFIO]. El gran cuerpo de la Segunda Internacional, sus relucientes y pomposos ropajes, no contenían más que un alma pequeña, débil y timorata. Un alma que, en su alegría por las lombrices de tierra de las reformas, había perdido sus ansias por los dorados tesoros del socialismo. Un espíritu que no comprendía que la época de lenta evolución social había sido sustituida por un período de tormentoso progreso revolucionario. Una voluntad que prefería negociar con la sociedad burguesa a cambio de pequeñas concesiones en lugar de luchar contra ella por un alto interés. El espíritu, la voluntad y la actividad de la Segunda Internacional en sus líneas maestras habían sido acuñados por su “joya”, la socialdemocracia alemana. La decadencia de la socialdemocracia alemana, que encubría una política burguesa oportunista de reformas con frases socialistas, fue la causa principal

de la muerte de la Segunda Internacional. Ningún intento de galvanización según el modelo de Estocolmo² o Berna³ puede resucitarla.

Pero la idea de la solidaridad internacional no pereció con la Segunda Internacional en la guerra fratricida. Siguió viva en el orgulloso “no” con el que los socialdemócratas en la Duma rusa y en la Skuptchina serbia, y más tarde en el parlamento italiano, se negaron a conceder los créditos de guerra a sus gobiernos, y dio alas a la tenaz agitación pacifista del Independent Labour Party británico. Mientras los cantos patrióticos de guerra de los socialdemócratas alemanes, franceses, británicos y austriacos se entremezclaban con el estertor de los proletarios moribundos, con los gritos de dolor de los heridos, se alzaba de nuevo la idea de la solidaridad para ser el punto de apoyo de las masas trabajadoras en su lucha hacia adelante. Se levantó, sangrando desde el fango, con el rostro demacrado y ojeroso por el dolor, cubierto de suciedad y, sin embargo, resplandeciente de vida sublime e inmortal. En la [Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas](#), celebrada en Berna en marzo de 1915, señaló a los socialistas fieles a sus principios, a los proletarios despertados de su letargo, el camino que debían seguir. Les gritó: basta de hablar, es hora de actuar; unid vuestra voluntad, unid vuestra acción.

Como el amanecer que precede a la salida del sol, esta Conferencia de Berna anunció la Tercera Internacional Socialista. Las conferencias de Zimmerwald, Kienthal y Moscú han redactado su certificado de nacimiento, pero la prueba más contundente de su existencia la proporciona la actividad de la nueva internacional. Ciertamente, esta existencia no está todavía regulada ni por normas ni por estatutos. Pero está obligada por algo infinitamente superior, infinitamente más vinculante: por los principios del socialismo internacional. Hacer que estos principios pasen de la palabra a la acción es la tarea histórica, la razón de ser de la Tercera Internacional Socialista. Esto es lo que la distingue de su predecesora.

La idea de la solidaridad internacional de los proletarios de todos los países, que ha hecho que los socialistas se opongan valiente y abnegadamente a la locura de la guerra mundial fratricida, esta idea ha cohesionado con su acción a la Tercera Internacional y en medio de las tormentas y las llamas de la revolución mundial le une ahora aún más estrecha e insolublemente. La deshonra de la política sin principios de guerra mundial de la Segunda Internacional tiene que hundirse en la nada ante la gloria de la verdadera política socialista de la revolución mundial defendida por la Tercera Internacional. Por medio de la revolución mundial, el proletariado debe elevarse una vez más desde su profunda caída durante la guerra mundial hasta las alturas del cumplimiento consciente de su misión histórica. La revolución mundial es la piedra de toque sobre la que la Tercera Internacional debe demostrar su derecho a la existencia. Pues, desafiando a todos los negacionistas de la revolución mundial, a todos los escépticos, ya se oye el rugido de la tormenta de la revolución mundial.

Porque la revolución heroicamente iniciada en Rusia se ha establecido y fortalecido. Mediante el sabotaje y el terror blanco, la minoría propietaria y sus seguidores intelectuales intentaron destruir la obra del socialismo revolucionario. Con su poder concentrado en los sóviets, los proletarios y los campesinos sin tierra destruyeron su resistencia. El Ejército Rojo rechazó victoriosamente a las tropas extranjeras que, como mercenarias del imperialismo internacional y junto con los contrarrevolucionarios, confiaban en estrangular a la joven república socialista. Ésta no sucumbió en la lucha, a pesar de haberse visto despojada de sus más ricas reservas de cereales, con el acceso a los

² Conferencia Internacional Socialista celebrada en Estocolmo en junio de 1917 convocada por el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania.

³ Conferencia Internacional Obrera y Socialista celebrada en Berna en 1919; acudieron 81 delegados que representaban a 21 países.

distritos carboníferos y petrolíferos cortado y, también, de todo acceso al mar. Es más, los “salvajes bolcheviques” lograron incluso aliviar la miseria más negra de las masas mediante [reformas de gran alcance y disposiciones sociales](#) para sentar las bases de un nuevo orden económico, logrando, también, en particular en lo tocante a la educación pública, una obra que, según la civilización y el incuestionable testimonio de Máximo Gorki, carece de precedentes en la historia.

En Alemania la revolución ha barrido la corona de la cabeza del monstruo del capital. Ahora la lucha contra el propio monstruo está en su punto más álgido. Para el proletariado alemán ya no se trata de una cuestión de mayor o menor democracia política y reforma social en un estado capitalista. El objetivo de la lucha es la aniquilación del mismo capitalismo, es la realización del socialismo. A este objetivo se opone con violencia y terror sangriento la dictadura de clase del explotador, ejercida por los “proletarios” Ebert, Scheidemann y Noske. Es una profunda tragedia en la lucha de liberación de los trabajadores alemanes que los advenedizos proletarios, aspirantes a socialdemócratas con bombas y fusiles en la mano, se parapeten ante el orden capitalista como sus protectores. Pero este puñado de malabaristas políticos será barrido muy pronto por el ímpetu de la tormenta revolucionaria, que se precipita irresistiblemente y viene precedida por las espumosas olas del movimiento huelguístico.

El triunfo del proletariado en Hungría les habla con lengua de fuego a los esclavos del capitalismo en todos los países. Con una velocidad maravillosa, la revolución ha atravesado la cáscara de la discordia nacional y ha mostrado su verdadero núcleo como lucha de clases entre los productores indigentes y esclavizados y los ociosos buscadores de placeres que se apropian de la riqueza social. De la noche a la mañana, el partido socialdemócrata húngaro “reaprendió” la lección y tomó su rumbo hacia la izquierda, y en su camino a Damasco se encontró y se unió a los comunistas, a los que poco antes, junto con la democracia burguesa, había combatido y perseguido amargamente en aras de la conservación del estado nacional.

La instauración de la república socialista soviética en Hungría aumentará los temores y la rabia de las minorías propietarias y de sus defensores en todos los países, que confiarán más que nunca en la trinidad del fusil, el cañón Maxim y el mortero de trincheras. Sin embargo, la audaz acción de los proletarios húngaros refuerza al mismo tiempo la confianza en sí mismas, el espíritu de lucha y la voluntad creadora de las masas trabajadoras sudorosas y explotadas. Estimulará el curso de la revolución en los lugares donde ya se precipita la lucha contra el dominio burgués. Ayudará a desencadenar la revolución en los lugares donde el imperialismo cree haber superado el socialismo. En los países aliados las llamas terriblemente gloriosas de la revolución también brotarán del volcán de las contradicciones de clase. La tierra ya tiembla con los golpes de los movimientos obreros que ganan continuamente en fuerza, claridad de objetivos y resolución.

“¡Llegará el día!”

La idea de la fraternidad internacional de los proletarios de todos los países se afirma victoriosamente en la gigantesca lucha de la revolución mundial. La revolución mundial es la esencia y el objetivo de la Tercera Internacional. La Segunda Internacional tenía por ambición lograr una manifestación mundial de los proletarios combatientes. La victoria de la revolución mundial tiene que ser el título de honor de la Tercera Internacional. Para esta victoria tenemos que armarnos nosotros mismos el 1 de mayo con la mirada inquebrantable puesta en nuestro objetivo, con el corazón lleno de una abnegación fulgurante, con una voluntad fuerte e intrépida. Arriamos nuestras banderas

en señal de luto por las víctimas heroicas de la revolución, las portamos con alegría en la batalla victoriosa y, firme y decididamente, adelante en la última cruzada de los obreros. Los saludos con motivo de las celebraciones de mayo que resuenan en todos los rincones del mundo sólo pueden ser: “¡Salud a la revolución mundial! Salud a la Tercera Internacional Socialista”.

Serie Clara Zetkin, escritos



Germinal_1917@yahoo.es